

SEGURO SOCIAL

una economía auténtica y racional de los recursos y valores humanos.



BIBLIOTECA SELECTA

Publicación mensual dirigida por Rogelio Sinán

Apartado 3181—Panamá—Ave. Ancón 73

Año II Mayo de 1947 Número 17

JOSE ISAAC FABREGA

VIDA Y MUERTE DEL NOTABLE
PANAMEÑO DON MARCELINO PEÑA,
EL DEMOCRATA EJEMPLAR.

STEFAN ZWEIG

B A L B O A
(o “La Fuga a la Inmortalidad”)

BIBLIOTECA SELECTA
PANAMA
1 9 4 7

JOSE ISAAC FABREGA



Nació en Santiago de Veraguas el día 30 de Junio de 1900. Obtuvo el título de Bachiller y Perito Mercantil en el Colegio de La Salle, de Panamá, en el año 1918. Alcanzó con honores el título de Licenciado en la Escuela de Derecho, 1921. Es abogado y periodista de nota. Como abogado, es miembro de la importante firma Chiari y Fábrega, y, como periodista, ha sido Reporter, Jefe de Redacción y Director de "La Estrella de Panamá". En el año 1931 llevó la representación de la prensa panameña al Congreso de Periodistas que se reunió en Madrid. Ha sido Profesor de Enseñanza Secundaria; Fiscal del Tribunal Superior; Abogado del Banco Nacional; Ministro de Relaciones Exteriores; Ministro de Educación; Diputado a la Asamblea Nacional y a la Constituyente; Miembro de la Comisión Legislativa Asesora del Ejecutivo; Miembro del Comité Fiscal para el estudio de los Problemas Nacionales; y es actualmente Miembro del Comité de Prensa de las Naciones Unidas. Como escritor ha publicado numerosos ensayos de carácter histórico y dos novelas: "La Gaviota" y "Crisol".

La sutilísima biografía imaginaria que publica hoy "SELECTA" intitulada "VIDA Y MUERTE DEL NOTABLE PANAMEÑO DON MARCELINO PEÑA, EL DEMOCRATA EJEMPLAR" fué publicada por primera vez en la revista "EPOCAS" con la siguiente dedicatoria: "Para mi compañero Gil Blas Tejeira, quien habría sin duda escrito con más éxito que yo la biografía del olvidado. Porque tiene pluma castiza y elegante. Y porque conoció personalmente a don Marcelino Peña, aun cuando nunca lo siguió, ni aprovechó de sus mercedes".

Vida y Muerte del Notable Panameño Don Marcelino Peña, El Demócrata Ejemplar.

por

José Isaac Fábrega



Nace el vástago y se dice la profecía

Nació en la capital, casi al final del siglo diez y nueve, en casa de cal y canto, junto al “Cuartel de las Monjas”. Sus padres — —Asunción Peña y Rosa Cárcamo de Peña—tenían venta mediana de abarrotes, y alguna terrezuela en “Lo de Cáceres”, con yegua y potrillos de pasitrote y algunas vacas lecheras. Ansiaban los progenitores dar al vástago educación considerable, y montarle después comercio productivo con los beneficios de la tienda de abarrotes y de las reses del potrero. Sería el almacén de Marcelino, en los ensueños paternos, como los que ya comenzaban a admi-

rarse en una que otra calle panameña: con dos vidrieras grandes en el frente y con telas y abalorios de Nueva York y París en las vidrieras. Y, a su vez, sería Marcelino como algunos notables colombianos de múltiples ejecutorias: un comerciante ornado de cultura, que enlazaría armoniosamente las sumas de las entradas mercantiles con el prestigio de las letras...

Primero fué, siguiendo el plan cuidadoso, la escuela particular de Antonio Ramos, que prudentemente se cerraba por semanas si resultaba muy intenso el ajetreo revolucionario de aquellos años agitados. Y fué después uno de los planteles públicos primarios que reemplazaron a los cuarteles cuando llegó la Independencia. No crecía el niño, sin embargo, "al mismo tiempo en edad y sabiduría" como dice pasaje de la Biblia, sino más en lo primero que en lo último. Pero, en cambio, era locuaz, vivaracho, notoriamente provisto de simpatía. "Tiene talento y personalidad", decía el director de la primaria a don Asunción y doña Rosa con expresión consoladora, frente a las bajas calificaciones del semestre. "Los niños inteligentes como Marcelino suelen ser a menudo desaplicados", añadía el director, acariciando la cabecilla del párvulo. "Muchos hombres que no han sido brillantes en el aula han llegado lejos, muy lejos..."

Y tenía razón sin duda el Director de la primaria. Porque el concepto coincidía en esencia con el de don Aníbal Pérez y Pérez, el afamado historiador del Istmo que sabía de memoria todas las fechas de nacimiento de los próceres, y refería con todos los detalles como

fue la derrota del dictador Alzuru en las Albinas de Vi-que. “No conocen la anécdota de Gambetta?” Pregunto una noche a los Peña don Anibal, en un sillón de la trastienda. “Pues Gambetta odió tanto los libros en su infancia que dijo así a su madre el primer día en que lo llevaban a la escuela: “Me sacaré un ojo si me conducen a la clase”. Y al regreso se sacó un ojo con las tijeras de la madre, para insistir en seguida: Y si me regresa me sacaré el ojo que me queda”. Y no volvió nunca a la escuela. Y sin embargo—continuó Pérez y Pérez—Gambetta, el gran Gambetta, logró ascender hasta la cumbre de Presidente de Francia. No se preocupen, pues, ustedes por los simples descuidos escolares de Marcelinito. Quién sabe qué estadista como Gambetta será en la vida Marcelinito...!”

Y los cónyuges se miraban enternecidos, cambiando el desconsuelo en ilusión de gloria, mientras, apoyado a un mueble de la tienda, Marcelino, “Marcelinito”, trazaba extraños pájaros deformes sobre el cuaderno destinado a sus labores de aritmética....

Un camino que se bifurca

Hizó luego el segundo año secundario en la Normal de Varones, recién fundada entonces donde hoy se halla el colegio de los Hermanos Cristianos. Pero allí se detuvo con pie firme, al tiempo que embrujaba la voluntad de los dos viejos con sus caricias mágicas. Le apenaba—decía—el paternal desasosiego cotidiano entre los fardos y facturas. Ansiaba convertir la modestia hogareña en opulencia: expresaba vertiendo

sabiamente todas las mieles de su labia. Y añadió que encontraría trabajo bien pagado en el Canal, donde el oro corría entonces como correría después el agua de los mares, para en efecto ir a la Zona y retornar en seguida, contrariado por esas bregas canaleras, largas y a pleno sol como para hombres bárbaros. Y comenzó desde entonces un caminar alegre y sin oriente, por esas vías de trazos coloniales recién cubiertas de adoquines tersos y uniformes, por todas esas viejas plazas panameñas donde un celo municipal en incipencia iba plasmando, en arte de surtidores y rosales, el jocundo palpitante de la nueva patria libre...

Hasta que un día detuvo sus andanzas infecundas con la clásica perplejidad de quien de pronto observa, desde el vértice, la bifurcación de su camino. Fue en una cita en Catedral, bajo árbol centenario que presencié el cabildo abierto del veintiuno, con aquel buen amigo Juan Alejo Manzanares, el experto en farras dilatadas y en negocios fáciles. Y fue, en la cita, la propuesta que Juan Alejo le expresó de súbito con advertencia constrictora: "Piénsalo bien y decide. Tengo a las diez entrevista con el Ministro de Defensa. Vamos juntos, o voy solo. Te decides a ayudarme como socio, o seguirás sujeto para siempre a los centavos que te regalen en la tienda". Y en la vacilación en el vértice se resolvió Marcelino a partir tarareando del brazo con Juan Alejo.

Sucedieron las cosas "exitosamente", como dicen a veces las noticias periodísticas en menosprecio del léxico. A las diez de la mañana, exactamente aceptaba el Ministro de Defensa, azucarado de gratitud

por la sorpresa de los “dos jóvenes representativos” — fueron palabras del Ministro — la serenata que “a nombre del pueblo panameño”— fueron palabras de los visitantes — le prometían para la noche del veintisiete, en celebración de su onomástico. A las ocho del día siguiente comenzaron Marcelino y Juan Alejo a presentar, de Ministerio en Ministerio, de dependencia en dependencia, en un trabajo equitativamente repartido, las listas de “contribuyentes voluntarios— fueron palabras de las listas— para el gran homenaje que el señor Ministro de Defensa recibiría del pueblo”. A los 3 días a lo sumo habían cubierto todos, de secretarios a porteros, con un intento de sonrisa, la cuota de tres balboas, necesaria al tributo para el Ministro meritorio, que tenía la influencia suficiente para desplazar los empleados a su arbitrio. En la noche del veintisiete, como decían en las paredes carteles verdes y bermejos, se ofreció “el fervido homenaje”—fueron palabras de los diarios—entre el conjunto armonioso de las guitarras que vibraban, los vidrios que se quebraban y las manos que aplaudían. Y el veintiocho, muy temprano, bajo el mismo árbol añoso que presenció el cabildo abierto del veintiuno, el socio Juan Alejo Manzanares rindió así cuentas al socio Marcelino Peña: “Colectado B/. 1,100.00; música, propaganda, gastos de representación al orador Miguel Aponte para un discurso, vehículos para transporte del personal y algunas otras erogaciones menudas, B/700.00; saldo líquido, B/. 400.00; mitad para cada uno B/. 200.00. Salvo error u omisión, dispuesto a rectificar o llenar con toda conciencia”.

La voz del destino y la luz del aerolito

Se quedó solo Marcelino Peña, con los billetes verdes en la mano, y con la imprecisa mirada en todas partes y al mismo tiempo en ninguna. "Doscientos balboas y no los rinde quizás la tienda en un mes!".. "Doscientos balboas por expresar en unas cuantas oficinas que actuaba en nombre del pueblo, y en el Canal me pagaban veinticinco a la semana por trabajar como bestia!" Y todavía inmóvil en el parque, sintió de pronto como el murmullo de alguien que le decía confusamente, en un quedo decir que parecía llegar de lo insondable hasta su oído: "Muchos hombres que no han sido brillantes en el aula han llegado lejos. Han llegado lejos, muy lejos..."

Sería mensaje del Destino? Quién lo sabe! El Destino habla, según cuentan, con una frase recia y categórica. Pero también suele —dicen— gozarse a veces en previos juegos caprichosos, de palabras vagas, hasta soltar al fin, un día cualquiera, sus dictados supremos y ungidores....

Iba a poco una tarde llenando las aceras con un traje nuevo. Y encontró a Marco Aurelio Plaza Brájimo, abogado y sin embargo forjador de enredos, señor con una plétora de libros en barnizados anaqueles, y sin una sola huella digital sobre las hojas de los libros. Y le contó Plaza Brájimo, únicamente por contarle, del fracaso profesional que le rumiaba las entrañas. La ley de inmigración autorizaba a los asiáticos domiciliados en el Istmo para traer a sus hijos menores de veintiún años. Fa Lao, el de la tienda de sedas, ansiaba tener consigo al amado y tierno Fa

Tu Lai, que no llegaba a diez y nueve. Y el afectuoso Fa Lao le prometió mil balboas si le alcanzaba su dicha. Y el abogado Plaza Brájimo había llevado fotografías y papeles a la Sección de Extranjería del Ministerio de Defensa. Pero el Jefe de Extranjería manifestaba absurdamente, al apreciar los retratos, que no otorgaba el permiso porque el tierno Fa Tu Lai era de edad más avanzada que el amoroso padre reclamante. “He perdido un negocio brillantísimo — expresó Plaza Brájimo con pena — porque no puedo recurrir ante el Ministro de Defensa, con quien no llevo relaciones...”

—El Ministro de Defensa, ha dicho?

—El Ministro de Defensa, el que puede doblar la tosudez del Jefe de Extranjería.

Y al día siguiente en la mañana entró Marcelino Peña, desenvuelto, hasta el Despacho del Ministro de Defensa. No importan los detalles de la entrevista. Se consigna, en esta síntesis biográfica, lo medular del diálogo.

Dijo Marcelino Peña: “Na había tenido el honor de ofrecerle mis respetos desde el día en que vine con Manzanares en relación con el proyecto de homenaje. He estado yo tan ocupado en arreglar algunas cosas que quedaron pendientes con motivo de aquella enorme serenata!” Y dicha en esa forma su oración gitana, echó resuelto sobre la mesa del funcionario las fotografías del progenitor Fa Lao y el heredero Fa Tu Lai, como el tahir la baraja de la suerte sobre la mesa de juego.

Dijo el Ministro de Defensa: "Quizás tenga razón el Jefe de Extranjería en lo que tú me refieres tan honradamente. El hijo que está en China puede tener sus cuarenta años... El padre, radicado en Panamá, no llega a más de treinta... Sin embargo, las fotografías engañan tanto! E indudablemente se advierte, en ambos, comunes rasgos de familia. Observa, por ejemplo, los ojos oblicuos del padre. Observa luego los mismos ojos oblicuos del hijo.... Es de justicia, después de todo, conceder lo que me pides.. Lleva esta orden al Departamento de Extranjería". Y escribió rápidamente algunos signos sobre un papel del escritorio, como para el cajero escribe un gerente de casino la orden de pago al jugador favorecido por la suerte.

Palabras trémulas en los labios de Marcelino Peña. Y esta frase final en los del Ministro: "No dejes de visitarme con frecuencia, mi apreciado joven. Tienes madera, mi apreciado joven: tienes madera. Quiero que seas de los míos. Eres una esperanza para la democracia...!"

Pasó el apreciado joven por el vestíbulo del Palacio Municipal, rápido y fulgurante como aerolito por los cielos. Mas, ya en la puerta de salida, súbitamente se trocaron ímpetu y lumbré del meteoro en la fijeza y grave palidez que solemnizan los mármoles. "La serenata popular llenó tu bolsa desprovista... Tu amistad con el Ministro te da lo que otros no consiguen. Gambetta, el gran Gambetta, huyó a la escuela y subió a todas las cumbres... Tienes madera, mi apreciado joven: tiene madera... Eres una esperanza para la de-

mocracia... Puedes ir lejos, muy lejos!"... Era el mismo Destino que le había murmurado bajo el árbol. Era el Destino, juguetón y vago en los comienzos, que ya decía preciso e imperioso sus palabras mágicas...

Dejó otra vez de ser mármol estático para oprimir nervioso entre sus manos el permiso de inmigración del chino Fa Tu Lai, en las violentas contracciones con que la carne a veces se estremece, impresionada y dominada por las supremas resoluciones del espíritu. Y se tornó de nuevo en aerolito para romper, desde entonces, las eternas leyes físicas. Porque el aerolito comenzó a iluminar inmensidades nó en descenso sino por el contrario, desde abajo hacia arriba...

El grito de guerra

Con zalemas ingeniosas forjó nuevos entronques; y con éstos obtuvo cargos en todas las administraciones porque, lo mismo que Talleirand, opinaba él que un hombre de aptitudes puede servir a su patria en cualquier clase de Gobiernos. Fue primer ayudante del Fiscalizador de Minas Petrolíferas (dos años y tres meses); Visitador de Pozos Artesianos (año y medio); Inspector General de Tierras Vírgenes (dos años exactamente). Y aunque el trabajo era intenso, siempre tenía sus horas destinadas a buscar el doble brillo de la popularidad y la fortuna. Fue, pues, múltiple como Leonardo de Vinci. Fue también como Voltaire: coordinador de la gloria con el dinero.

Se apuntó generosamente en todas las rifas de beneficencia. Envió coronas a los muertos de importan-

cia. Asistió puntual a los banquetes para los vivos en apogeo. Formó su grupo secretarial, de ayudantes diligentes que llevaban un barrilillo de cerveza para los centros políticos, y el retrato de la nueva esperanza de la democracia para las redacciones periodísticas. Regó reales en profusión, frente a las iglesias, para todos los bautizos, y también pesos fuertes para las corridas del tres de noviembre, siempre en el momento preciso en que el novillo del pueblo aparecía en el redondel. Pasó noches despierto, como animador de cumbias y velorios. Lo vió el sol de los miércoles de Cenizas, erguido sobre el tablado de los toldos carnestoléndicos, haciendo brindis y ofreciendo abrazos, gallardo siempre en los arranques espontáneos de conductor en ciernes...

. Formó un archivo de palabras cálidas de invocaciones deslumbrantes, de hipérboles ilímites, de tropos en que la imagen ascendía desde los labios del tribuno para caer después sobre las testas en un derroche de lumbres. Sin un previo ejercicio en menesteres oratorios, eclipsó sin embargo a los competidores en el arte de los discursos vaporosos en que se da un énfasis de tesis a escurridizas vaguedades, y en que bien se puede terminar diciendo como en algunos cuadros de comedia: "Aquí no ha pasado nada... Sin idea ninguna de prosodia, tenía, a pesar de ello, la intuición maravillosa de la esdrújula, que buscaba y hurgaba con terquedad de cazador infatigable: "Triunfaremos por dinámicos o impertérritos"; "Sigamos nuestra bandera límpida y magnífica"; "Luchemos

siempre por nuestra causa incólume y nuestros magnánimos postulados democráticos!" Usó un tiempo, es verdad, el adjetivo "impoluto". Pero la constante intuición le susurraba que impoluto no era esdrújula. Y, felizmente, encontró un día la palabra "integérrimo" en una de esas resoluciones necrológicas oficiales en que se pide a las generaciones venideras que recuerden perpetuamente a un muerto ilustre, como si a la inmortalidad pudiera entrarse con cartas de recomendación o con tarjetas de cortesía. Y surgieron de los discursos populares de Marcelino Peña los ciudadanos integérrimos, los postulados integérrimos, las convicciones integérrimas. Y era así con todo derecho. Porque Marcelino Peña también era integérrimo!

Se apuntaló con trozos sueltos de Víctor Hugo, especialmente de la Leyenda de los Siglos; con períodos de Emilio Castelar; con la "Elocuencia Colombiana"; con las proclamas de Bolívar. De "La Elocuencia Colombiana" aprendió párrafos enteros de José María Rojas Garrido, y aquella frase de Julio Arboleda en su discurso de posesión a Mallarino: "...Porque en esta nación valiente y orgullosa tan fácil es pasar del destierro al solio como del solio a la barra del Senado". Y del Libertador tomó aquel brote lírico: "Colombianos: yo sólo tengo un corazón para amaros y una espada para defenderos". Pero la espada libertadora le resultaba inoportuna. Y dijo así en oración inolvidable: "Panameños!: yo solo tengo un corazón que equivale a dos corazones, uno para amaros y otro para defenderos...!" Quien tanto se sacrificaba por la demo-

cracia, bien podía sacrificar también por ella la espada de Simón Bolívar...!

Pero ni Castelar, ni Víctor Hugo, ni ninguno de los de América, le prestaron el lema que brotaría en sus luchas redentoras como ardoroso canto bélico. El propio Marcelino Peña lo improvisó aquella tarde en que pasaba frente a él y su cohorte el profesor de Historia José Ortega, en su camino al Instituto. Porque el profesor meditaba en lo que expresaría a la juventud estudiantil sobre el General Tomás Herrera; sobre su brega en Ayacucho y su caída heroica en plena calle bogotana por extirpar la dictadura; sobre cómo la libertad, la justicia, la democracia, la república, no son palabras vacías y merecen todos los renunciamientos, incluso el de los bienes y la vida. Y el profesor José Ortega no saludó, en su abstracción, a Marcelino Peña. Y Marcelino Peña soltó entonces la tremenda imprecación que saltó de su boca a la cohorte, y de allí a todos los espacios como si fuese clarinada de un clarín apocalíptico: "Plaga insoportable de orgullosos y engreídos... A la isla de Coiba enviaría yo juntos a todos los antidemócratas!"

A Coiba, a la isla de Coiba enviaría yo juntos a todos los antidemócratas...! Y entre los ecos del conjuro, ascendió el ex-Inspector de Tierras Vírgenes a Secretario del Ministerio de Gobierno. Pero no fue ya "Marcelino", ni mucho menos "Marcelinito". Fue desde entonces don Marcelino Peña, solemnemente.

El Nombre Mágico

Se acercaba el próximo cuatrenio y había frío y fiebre en el Palacio porque el Presidente no decía la profética palabra, anunciadora de quién sería el ungido en la contienda popular y libre, por el voto libre de los hombres libres. Se rodeaba al Presidente en un humilde círculo de súplicas, y contestaba él solamente con un silencio saboreado, recibiendo como un sol las postraciones musulmanas, gozándose en continuar la situación de indecisiones en que él era todavía eje, norte, númen, árbitro. Se le insinuaba nuevamente; se le balaba; se le sollozaba como el niño frente a su padre inexorable; se le oraba como el creyente a Dios en la demanda de la gracia. Y el Gobernante a lo sumo se pasaba una mano por las sienes, como en gesto de tocarse la corona de monarca de la República.

“Díganos algo, señor Presidente, porque no puede usted abandonar a sus amigos!” Y seguía siempre el silencio.

“Condúzcanos, señor Presidente, porque perecemos!” Y el Presidente se tocaba de nuevo la cabeza, como acariciando siempre el oro del viejo símbolo monárquico.

Pero Marcelino Peña no se encontraba en el asiduo coro de aquellos hombres plañideros. Marcelino Peña no tenía la gelatina vertebral indispensable a las postraciones difíciles. Por ello se acercó a la Presidencia solo un día, cuando ya se agotaban todos los recursos para mover al ídolo insensible. Y dijo así

al Presidente con su decoro rectilíneo, de hombre a hombre, de ciudadano a ciudadano:

"No me interesa el candidato, señor Presidente. No vengo como los otros a implorarle un nombre, señor Presidente. Me mueve solamente la democrática ambición de que vuelva usted después del próximo, porque el pueblo lo necesita a usted, señor Presidente. Por ello me permito aconsejarle que estudie bien la selección, para que el próximo no resulte un desleal, señor Presidente!"

Y tembló el señor Presidente con emoción inesperada. Soltó un nombre mágico: "Ruperto Gómez!" Y se agarró con ambas manos el invisible símbolo, como si le tambaleara en la cabeza...

La tarde de ese mismo día visitó don Marcelino Peña a don Ruperto Gómez y le expresó "su idea" de que fuese el candidato popular en los comicios cívicos.

Dos semanas después ascendió de Secretario a Encargado del Ministerio de Gobierno, por parálisis repentina del Ministro. Y actuó allí con su disposición inacabable a los sacrificios generosos, con el noble entregarse cotidiano de los que tienen en la vida una misión apostólica.

No existían fondos para la lucha por Ruperto Gómez: él impuso la cuota electoral sobre los sueldos, que no era desde luego la ominosa contribución obligatoria, porque la pagaban todos los empleados en silencio, sin una mínima protesta.

No todos los servidores públicos simpatizaban con Ruperto Gómez: él implantó el ético principio de la

sumisión sin reticencias. Y desplazó, a golpe de decretos, a todos los desleales, desde oficiales de provincias a mensajeros de telégrafos, siempre vindicador y reivindicador de los principios doctrinarios, siempre rotundo y vigoroso como sus esdrújulas: siempre integérrimo!

Fijó muchas medidas a los pasquines insidiosos que negaban los méritos del candidato presidencial Ruperto Gómez. Encarceló a los eternos descontentos, únicamente por los días indispensables. E impartió —es cierto— a Gobernaciones y Alcaldías algunas órdenes privadas, de contenido misterioso. Mas publicó al mismo tiempo con su genial sentido de equilibrio, boletines oficiales fervorosos en que prometió un proceso electoral sin mácula, del pueblo, para el pueblo, por el pueblo. Podía decir él, pues, a pulmón lleno como otro gran americano: "Transité siempre por las sendas de la existencia rectilínea y por ellas mismas continúo". Y podía también repetir con plena autoridad su predilecto grito bélico: "A Coiba enviaría yo juntos a todos los antidemócratas!"

Mas, por si acaso se dudaba de su línea recta, multiplicó en esos tiempos los sillares que sustentaban su prestigio. Soltó, puntualmente, las palomas mensajeras de sus telegramas congratulatorios, con motivo de los cumpleaños. Buscó solícito en los periódicos los anuncios de las retretas populares, y caminó, casi bailó, por las baldosas de los parques públicos todas las músicas clásicas y comunes, desde el tango "Me dejaste!" y el pasillo colombiano "Por ti fallezco alma

mía!" hasta la "Marcha Fúnebre" de Beethoven y la "Sinfonía Inconclusa" de Schubert. Jugó gallos en El Nance, y dejó íntegras las ganancias para la nueva verja del cementerio. Se valió de fieles emisarios íntimos; consiguió así que lo hiciesen abanderado para las fiestas aldeanas; y logró jinetear frente a algunas cabalgatas, con sombrero penonomeño a la pedrada, para ofrecer, jacarandoso, el brindis desde el lomo temblante de los cuadrúpedos, ante todo expendio licorero de nacional o de asiático. En Las Tablas, disputó cordialmente con vecinos fervorosos el honor de llevar en peso, por esas calles limpias y sonrientes, la milagrosa estatua de Santa Librada. En la Atalaya condujo el anda de Jesús Nazareno por todo el llano en forma de óvalo, y hasta se cuenta que iba murmurando las oraciones del rosario. Y en Chepo fue llevando con tres hijos del pueblo a San Cristóbal, desde la parte más baja hasta la altura del Telégrafo, para llegar agitado por la emoción y lo empinado de la cuesta. El, que tanto se placía en ascender sobre los hombros de los humildes de la tierra, no desdeñaba, sin embargo, levantar sobre los suyos todos los santos y las santas, aun cuando fuesen moradores de los imperios celestes...

HABLA DE NUEVO EL DESTINO, CON ACENTOS MUSICALES

Y cuando ascendió Ruperto Gómez alguien dijo con razón: "El triunfo de Ruperto Gómez es triunfo de Marcelino Peña". Y cuando Gómez le asignó con

pleno título el Ministro de Gobierno; colocaron sus ayudantes, en una fiesta de La Ermita, arco glorioso con un letrero que decía, enlazado con la gloria de las pencas de palmas reales: "Viva Marcelino Peña, el demócrata ejemplar!" Qué justo, qué acertado el sonoro título honorífico! Por algo Tobías el Manco, ambidextro en arreglar música y letra para políticos de suerte, hizo en seguida tamborito en que vivaba la leyenda como numen y nervio de la canción vernácula.

Para estrenar el tamborito contrató el Manco Tobías cantadoras de Antón y de Montijo, bailadoras guarareñas, juveniles especialistas de la Chorrera y Capira: un búcaro para don Marcelino Peña con la esencia y la flor de lo terrígeno. Y dijo así el tamborito, que retozaba cadencioso en la gran sala de recibo del Ministro de Gobierno don Marcelino Peña:

*"Y ajé Marcelino Peña,
el demócrata ejemplar..."*

.....

.....
*Y ajé Marcelino Peña,
el demócrata ejemplar.
Todo el mundo lo proclama
ciudadano sin igual...!*

Y continuó en enguida la tonada, entre explosiones jubilosas:

*Y ajé Marcelino Peña
el demócrata ejemplar...
Queremos todos ceñirle
la banda presidencial...!"*

Queremos todos ceñirle la banda Presidencial...! Era el mismo Destino que murmuró en el parque una mañana sus advertencias iniciales, y que habló luego, categórico, frente al Palacio de Gobierno, cuando el negocio del asiático. Era el Destino fiel y complaciente, que delicadamente se hacía música para impulsar al predilecto hacia sus últimas conquistas. Y Marcelino Peña no pudo resistir a tanta gloria. Alzó la copa, y dijo con voz trémula: "Panameños: yo sólo tengo un corazón que vale por dos corazones, uno para amaros y otro para defenderos...!"

Un nuevo tiempo que viene y un tribunal que sentencia

Mas, entre tanto, registrábanse signos anunciadores de mutaciones sorprendentes, y había como un reciente palpitar de entrañas en la hondura de la República. Venían por ambos mares, más y más a cada instante, entre las hojas de los libros, semillas de reflexivas y saludables rebeldías. Las aulas, tan temidas por algunos, eran como árboles que extendían calladamente sus raíces espirituales hasta las almas del pueblo. Frente a la paciencia pastoril inmóvil, fué surgiendo y surgiendo la conciencia pública undívaga. Ya no era fácil, como antaño, la cuota electoral impositiva, por más que se la rodease cautelosamente con la graciosa aureola de las ofrendas espontáneas. No era índice de mérito ciudadano la esplendidez de los regalos de toneles para las fiestas políticas. Ni se ganaban voluntades con el viejo recurso tribunicio de in-

vocaciones vagas y ululantes a los principios incólumes, a las conquistas magníficas, a las doctrinas magnánimas. Ni se hacía el milagro de los votos cándidamente regalados, por más que se llevase muchas veces sobre los hombros a Santa Librada de Las Tablas, a San Cristóbal de Chepo, a Nuestro Señor de La Atalaya. Lo gritó un día mozo del pueblo, proclamando la nueva realidad con expresión precisa: "Ya no se nos envuelve con palabrejas atrayentes: ya no estamos en los tiempos en que se cambiaba al indio su oro por engañosas baratijas!"

Y llegó así aquel vuelco repentino que la Historia conserva en indelebles páginas. Y surgió el Tribunal Reparador que tenía en sus decisiones la majestad de la República. Qué tenaz y qué duro el Tribunal Reparador con el ex-Ministro de Gobierno Marcelino Peña! Porque lo llamó un día frente a su estrado, le pidió cuenta de sus actos, le inquirió sobre sus bienes de fortuna, lo increpó, lo constriñó, lo confundió, lo hizo mezclar sudor y lágrimas. "Por qué ordenó usted encarcelarlos?": "Por rebeldes". "¿Por qué fueron rebeldes?": "Por rebeldías". "Por qué tiene usted hoy trescientos ochenta mil balboas?": "Por transacciones". "Cuáles fueron esas transacciones?": "Negocios". "Cuáles fueron sus negocios?": "Operaciones"... Y vino entonces la condena por violación de garantías individuales, por cohechos, por sustracciones al Tesoro Público, en un citar severo y fulminante de los capítulos del Código.

Cuando leyeron la sentencia, lanzó mirada imploradora por el recinto vacío, como esperando que sur-

giese repentinamente su viejo coro circundante. Y posó después los ojos fatigados sobre una de las mesas secretariales. Si en la mesa secretarial hubiese hallado unas tijeras, se habría talvez sacado un ojo como protesta heroica, como Gambetta en sus infantiles rebeldías. Pero no había las tijeras. Se limitó por ello a recordar la frase de Arboleda en su discurso de posesión a Mallarino. Y dijo al Policial que lo custodiaba:

“Diez y ocho años siete meses de presidio...! Ya lo ve usted, señor Agente? En esta nación valiente y orgullosa tan fácil es pasar del solio a Coiba como de Coiba a la barra de la Cámara...!

Y el Agente de Policía no tuvo la cortesía de emocionarse. “Apúrese viejo, que se hace tarde”, fué su único comentario.

EL AGUILA Y EL MARTIR

Llevólo sobre los hombros, desde la nave hasta la orilla, presidiario centroamericano de alma negra y uniforme a rayas claras. “Mi nombre es El Aguila”, expresó el presidiario a la valiosa carga. “Y a ti cómo te llaman?” “El Mártir de la Democracia!”, contestó solemne Marcelino Peña. Y el Aguila volvió los ojos hacia el Mártir, y soltó en seguida carcajada cruel y larga que fué cayendo sobre las ondas del Pacífico como reguero de puñales que saliesen y saliesen de la boca de malabarista trágico.

Ni una palabra en el Penal de Coiba, ni una sonrisa pasajera, ni un afable acercarse a los demás con-

victos, en la hermandad del cautiverio. Recibió en silencio el sol, cuando asomaba tras los maizales isleños. Lo despidió, en silencio igual, cuando dejaba sus legados de oro al perecer sobre las aguas. Parecía solo estremecerse, con los afanes de la vida, cuando a veces llegaban ejemplares de los diarios como un recuerdo ocasional de un mundo triste y decadente, distinto al que él forjó, defendió y enalteció entre ovaciones trépidas, a la luz de su verbo taumaturgo que se rompía en torrentes de luceros como los fuegos de artificio.

Pues informaban los diarios sobre las tierras nuevas que se abrían a la conquista campesina; las fábricas que surgían empenachando de humo las techumbres; el comercio que florecía con flores de oro; el pan que iba abundante a los hogares como un cordial mensaje cálido. Y decían ellos también del pensamiento sin temores; la igualdad sin subterfugios; la justicia sin paréntesis; la libertad que lucía su eterno séquito de innovaciones trascendentes. Pero callaban los periódicos la verdad de que había muerto la democracia en la República. Porque ya Marcelino Peña no brindaba en actitud flamenca, para las fiestas aldeanas, sobre los lomos sudorosos de los caballos trémulos. Ni los arcos triunfales de La Ermita le dedicaban su saludo en el artístico engarce de las leyendas laudatorias y de las pencas de palmeras. Y qué rumiar de dolores para el convicto solitario, por la derrota del amado credo y el trágico derrumbe de sus ensueños de demócrata!...

La palabra final

Entre pesares y mutismo, se le fue acercando el día que al fin a todos nos llega. Mas no murió "de muerte" como dijera Unamuno. Murió de un mal de espíritu agravado por una angina de pecho. Sucedió en noche de octubre, en que alumbraban los relámpagos y parpadeaban las linternas. El Director, el Practicante, el Aguila, hacían su guardia frente al lecho. El enfermo se hallaba pálido y extático, con los opacos ojos distraídos en lontananzas inciertas. Después cerró los párpados, y sonrió con sonrisa casi alegre, oyendo en su agonía las viejas notas del tamborito de Tobías el Manco, que le llegaban con el viento como un eco lejano de sus glorias o como un último brote misericordioso de la vida que se hacía caritativa y nuevamente generosa frente al misterio de la muerte:

*"Y aje Marcelino Peña,
el demócrata ejemplar.
Queremos todos ceñirle
la banda presidencial..."*

Pero huyó la sonrisa momentánea; y, con el último suspiro, pronunció el demócrata ejemplar su predilecta frase de combate, que tuvo, en el silencio del presidio isleño, todo el tóxico de las supremas ironías y la solemne culminación de lo dramático:

*"A Coiba... A Coiba enviaría yo juntos a todos
los antidemócratas..."*

BALBOA O LA FUGA A LA INMORTALIDAD

por

Stefan Zweig

Al regresar de su primer viaje a América, Colón exhibió en su marcha triunfal por las atestadas calles de Sevilla y Barcelona, infinitos tesoros y curiosidades: hombres rojizos, de una raza desconocida hasta entonces, animales nunca vistos, papagayos policromos y charlatanes, plantas extrañas y frutas que pronto habrían de encontrar en Europa una nueva patria: el cereal indio, el tabaco y la nuez de coco. La multitud jubilosa admira todo esto con asombro, pero lo que más emociona a los espasos reales y a sus consejeros son unos cofrecitos y ceros llenos de oro. No es gran cantidad de oro la que Colón trae de las Nuevas Indias: unas cuantas joyas que quitó o adquirió de los indígenas a trueque de otros objetos, unas cuantas barritas y unos puñados de pepitas y polvo de oro; el

botín entero alcanza, a lo sumo, para acuñar unos poquísimos centenares de ducados. Pero el genial fantaseador Colón, que, fanáticamente, siempre cree aquello que quiere creer, y que acaba de tener tan gloriosamente razón con su idea de la nueva ruta marina a la India, dice, convencido de veras, aunque exagerando, que todo aquello no era sino una mínima primera prueba. Afirma tener noticias dignas de fe acerca de inagotables minas de oro en esas nuevas islas. El precioso metal se hallaría allá tendido bajo una delgada capa de tierra, de modo que podría ser ganado con simples azadones. Pero más al Sur se encontrarían imperios cuyos monarcas se servían de platos de oro y tenían en menor estima el oro que los españoles el plomo. El rey, eternamente necesitado de dinero, escucha embelesado las noticias respecto a ese nuevo Ofir que le pertenece, pues todavía no se conoce bien la augusta locura de Colón, y no se duda de sus promesas. De inmediato prepárase una segunda flota, y ya no hace falta reclutar la tripulación por intermedio de ganchos y al son de tambores; la noticia del maravilloso país recién descubierto, donde se puede recoger el oro del suelo, enloquece a toda España. Por centenares y por miles llegan los hombres dispuestos a hacer el viaje a Eldorado, el país del oro.

Pero ¡qué diluvio sombrío acrecienta la ambición desde todas las ciudades, pueblos y aldeas! No solamente se presentan nobles honestos que desean dorar sus escudos, aventureros intrépidos y soldados valientes, sino que también toda la mugre y toda la resaca de España va desplazándose hasta Palos y Cádiz. La-

drones convictos, asaltantes y bandoleros que buscan un trabajo más provechoso en las tierras de oro, deudores que quieren escapar de sus acreedores, maridos que quieren huir de sus esposas disputadoras, todos los desesperados, las existencias fracasadas, los señalados y perseguidos por el alguacil, se hacen inscribir para tripular la flota. Es una masa abigarrada de existencias derrotadas, dispuestas a enriquecerse de golpe y resueltas a cometer, en cambio, cualquier brutalidad y cualquier crimen. Unos han sugerido a otros las fantasías de Colón, de tal manera que los más acaudalados entre los emigrantes se llevan sirvientes y mulas para poderse traer mayores cantidades del precioso metal. Aquellos que no consiguen incorporarse a la expedición, buscan por la fuerza otro camino para llegar a su fin. Sin pedir el permiso real, arman unos aventureros embarcaciones por su propia cuenta, a fin de llegar cuanto antes al nuevo Eldorado y juntar la mayor cantidad de oro. De golpe, España queda libre de todas sus existencias inquietas y de toda chusma peligrosa.

El gobernador de la Española (el Santo Domingo y Haití de nuestros días) ve con terror cómo esos huéspedes inesperados inundan la isla que le ha sido confiada. Año tras año, los barcos traen nuevas cargas y una gente cada vez más indisciplinada. Pero los recién llegados no están menos desengañados, pues el oro no se halla al alcance de la mano en las calles, y los desdichados nativos, a quienes atacan como bestias, ya no disponen de un solo granito para entregarlo. Las hordas ladronas constituyen así, vagabun-

das o indolentes, un terror para los indios infortunados y un horror para el gobernador. Es en vano que trate de convertirlos en colonos, regalándoles terreno, hacienda e incluso hacienda humana, es decir, de sesenta a setenta indígenas que regaló a cada uno de esos aventureros, como esclavos. Pues tanto los hidalgos de noble cuna como los exzandoleros se interesan poco por la agricultura. No han hecho el viaje para sembrar trigo y criar ganado; en vez de cuidarse de los sembrados y de las cosechas, martirizan a los infortunados indios —al cabo de pocos años habrán extirpado toda la población aborigen— o se reunen en garitos. Al poco tiempo, la mayoría de ellos están tan endeudados que tienen que vender no sólo sus propiedades, sino también su indumentaria, sus sombreros y la última camisa, y así quedan entregados por completo a los comerciantes y usureros.

Es por lo mismo una buena nueva para todos esos fracasados en la Española que un habitante bien conceptuado en esa isla, el bachiller Martín Fernández de Enciso, armó en 1510 un barco para correr en ayuda, con una nueva tripulación, de su colonia en terra firma. Dos famosos aventureros, Alonso de Ojeda y Diego de Nicuesa, habían recibido, en 1509, del rey Fernando el privilegio de fundar colonias en el estrecho de Panamá y en la costa de Venezuela, que, un poco apresurados, denominan Castilla del Oro. Embriagado por el nombre sonoro, y seducido por las habladerías, el legalista poco experto invierte toda su fortuna en tal empresa. Pero la colonia de nueva fundación

en San Sebastián, junto al golfo de Uraba, no envía oro, sino únicamente angustiados llamados de auxilio. La mitad de la tripulación ha muerto en las luchas contra los aborígenes, mientras que la otra mitad está a punto de perecer de hambre. Para salvar el dinero invertido, Enciso gasta el resto de sus bienes y arma una expedición de socorro. En cuanto los desesperados se enteran de que Enciso necesita soldados, aprovechan la oportunidad para acompañarlo y dar así la espalda a la Española. No tienen otro deseo que el de escapar a sus acreedores y a la vigilancia del severo gobernador. Pero los acreedores los espían. Se dan cuenta de que sus deudores más importantes tratan de escabullirse para siempre, y por eso exigen del gobernador que no permita a nadie abandonar la isla sin su permiso especial. El gobernador admite su deseo. Se establece una vigilancia estricta. El barco de Enciso debe permanecer fuera del puerto, y unas lanchas fletadas por el Gobierno patrullan e impiden que nadie suba a bordo subrepticamente. Con infinita amargura observan los desesperados, que temen a la muerte menos que al trabajo honrado y a la cárcel, cómo el barco de Enciso toma rumbo a la aventura, con las velas desplegadas y sin ellos.

El hombre en el arca

Con las velas hinchadas, el barco de Enciso toma rumbo a la tierra firme americana, y los contornos de la isla ya se han hundido en el horizonte azulado. Es un viaje tranquilo y nada de anormal puede registrarse, salvo que un enorme sabueso de extraordinaria

fuerza —hijo del famoso sabueso Becerico, y famoso él mismo por su nombre, Leoncio— corre inquieto arriba y abajo de la cubierta, husmeando por todas partes. Nadie sabe quién es el dueño de ese animal ni cómo ha llegado a bordo. Finalmente, llama la atención también el hecho de que el perro no quiere apartarse para nada de un arca de provisiones de extraordinario tamaño y que fué traído a bordo en la misma víspera de la partida. Pero he aquí que inesperadamente esta arca se abre sola, y de ella sale, armado con espada, yelmo y escudo, como Santiago, el Santo castellano, un hombre de unos treinta y cinco años de edad. Es Vasco Núñez de Balboa, quien así ofrece la primera prueba de su audacia e ingenio sorprendentes. Nacido en Jerez de los Caballeros, de familia noble, había hecho el viaje al Nuevo Mundo como simple soldado con Rodrigo de Bastidas, y después de muchas odiseas, salvóse del naufragio frente a la Española. El gobernador se había esforzado en vano para hacer de Núñez de Balboa un colono honrado; al cabo de pocos meses, abandonó la propiedad que le fuera asignada y quedó de tal manera arruinado que ya no sabía cómo salvarse de sus acreedores. Pero mientras los demás deudores miran los botes del Gobierno desde la playa, con el puño cerrado, porque aquéllos les impiden huir al buque de Enciso, Núñez de Balboa pasa atrevidamente el cordón establecido por Diego Colón, escondiéndose en una arca vacía y haciéndose llevar a bordo por unos confabulados. En el tumulto de la despedida, nadie observa la insolente

estratagema. Balboa sólo se presenta cuando intuye que el barco se ha alejado tanto de la costa como para que resulte improbable que retornara tan sólo para desembarcarlo.

El bachiller Enciso es un hombre de ley, y como todo legalista, tiene poco sentido de lo romántico. En su condición de alcalde y jefe de policía de la nueva colonia, no quiere que a ella ingresen existencias oscuras ni estafadoras. Por eso le declara en tono arisco que no es su propósito llevarle consigo, sino que lo dejará en la próxima isla que crucen, ya sea ella habitada o no.

Pero no se llega a tanto, pues mientras el barco sigue su viaje hacia la Castilla del Oro, se cruza —un milagro para aquellos tiempos en que sólo una docena de barcos navegan por estos mares desconocidos todavía— con un bote fuertemente tripulado, conducido por un hombre cuyo nombre habrá de resonar bien pronto en el mundo entero: Francisco Pizarro. Aquella tripulación procede de la colonia de Enciso, San Sebastián, y al principio son tomados por rebeldes que abandonaron su puesto arbitrariamente. Pero, horrorizado, se entera Enciso de que San Sebastián ya no existe y que aquéllos eran los últimos sobrevivientes de la colonia, cuyo comandante, Ojeda, ha huido en un barco mientras que los demás tenían que esperar, con sus dos bergantines, hasta que hubiesen muerto todos menos setenta, para poder caber en esas dos embarcaciones. Uno de esos bergantines, además, naufragó, y los treinta y cuatro hombres de Pizarro cons-

tituyen el último resto sobreviviente de la *Castilla del Oro*. ¿A dónde dirigirse ahora? Después de haber escuchado el relato de Pizarro, les quedan pocas ganas a los hombres de Enciso de exponerse al terrible clima de la colonia abandonada y a las flechas envenenadas de los nativos. Consideran que sólo les queda la posibilidad de regresar a la Española. En este momento de peligro se presenta inesperadamente Vasco Núñez de Balboa. Declara que desde su primer viaje con Rodrigo de Bastidas, conoce toda la costa de Centroamérica y recuerda haber estado en un pueblo llamado Darién, sobre la ribera de un río aurífero y habitado por indígenas gentiles. Insinúa que aquél sería un sitio mucho más apropiado para fundar una nueva colonia que ese lugar de la desgracia.

En seguida toda la tripulación se declara partidaria de Núñez de Balboa. De acuerdo con su proposición, el barco toma rumbo a Darién, en el istmo de Panamá. Allá se realiza primero la habitual carnicería entre los aborígenes, y como entre los enseres robados se encuentra oro, los desesperados resuelven fundar aquí una nueva ciudad que llaman, en prueba de devoto agradecimiento, Santa María la Antigua del Darién.

Carrera peligrosa

El desdichado financista de la colonia, el bachiller Enciso, no tardará mucho en arrepentirse profundamente de no haber echado a tiempo por la borda el arca que contenía a Núñez de Balboa, pues al cabo de pocas semanas este hombre atrevido reúne todo el po-

der en sus manos. Criado, en su condición de legalista, en la devoción al orden y la disciplina, Enciso trata, en su cargo de Alcalde mayor del gobernador momentáneamente desaparecido, de administrar la colonia en el interés de la corona española, e instalado en una mísera choza de indios, publica sus edictos limpios y severos, tal como si se hallase en su estudio de abogado en Sevilla. En esa región salvaje, jamás hollada por el pie de soldado alguno, prohíbe que sus gentes admitan oro de los indígenas porque tal era un privilegio de la Corona. Procura imponer a esa horda indisciplinada el orden y la ley, pero los aventureros se ponen instintivamente al lado del hombre de la espada y se rebelan contra el hombre de la pluma. Balboa pronto es el dueño efectivo de la colonia. Enciso tiene que huir para salvar su vida, y cuando finalmente aparece Nicuesa, uno de los gobernadores de terra firma designados por el rey, para establecer el orden, Balboa ni siquiera le deja desembarcar, y el desdichado Nicuesa, echado del país que su rey le concedía, se ahoga durante el viaje de regreso.

Ahora Núñez de Balboa, el hombre del arca, es dueño de la colonia. Pero, a pesar de su éxito, no se siente cómodo, pues ha cometido franca rebelión contra el rey y no puede esperar perdón, tanto menos cuanto que el gobernador legítimo ha encontrado la muerte por culpa suya. Sabe que el fugitivo Enciso está en viaje a España para llevar su queja, y que más temprano o más tarde se juzgará al caudillo de la rebelión. Pero España está lejos, y Núñez de Bal-

boa puede disponer de mucho tiempo antes que un barco cruce dos veces el océano. Tan prudente como atrevido, busca el recurso único para mantener el poder usurpado durante el máximo de tiempo posible. Sabe que en estos tiempos el éxito justifica todo el crimen y que una entrega de mucho oro al tesoro de la Corona tiene poder para apaciguar y postergar cualquier procedimiento punitivo. Se trata, pues, de conseguir oro, ya que el oro equivale al poder. En compañía de Francisco Pizarro, oprime y despoja a los indígenas de las inmediaciones, y en medio de las carnicerías habituales obtiene un éxito decisivo. Uno de los caciques, de nombre Careta, a quien atacó a mansalva y atentando del modo más grosero contra las leyes de la hospitalidad, le propone, a pesar de saberse a un paso de la muerte, que en vez de enemistarse con los indios, concluya un tratado con ellos, y le ofrece, además, como prenda de fidelidad, a su propia hija. Núñez de Balboa reconoce inmediatamente la importancia de poder contar con un amigo poderoso y leal entre los aborígenes. Acepta la proposición de Careta, y, lo que es más sorprendente todavía, guarda a aquella muchacha india hasta la postrera hora la más tierna fidelidad. En compañía del cacique Careta, somete a todos los indios del contorno y adquiere entre ellos tal autoridad que finalmente, incluso el cacique más poderoso, Comagre, le invitan sumisamente a visitarle.

Esta visita al poderoso caudillo tiene por consecuencia una decisión histórica en la vida de Vasco Nú-

ñez da Bolboa, que hasta entonces no ha sido más que un desesperado y un audaz rebelde contra la Corona, destinado a terminar sus días bajo el hacha o en el cadalso de la justicia castellana. El cacique Comagre le recibe en una amplia casa de piedra, cuya riqueza sorprende gratamente a Vasco Núñez de Balboa, y sin que éste se lo solicite, le regala cuatro mil onzas de oro. Pero luego le toca el turno de sorprenderse al cacique, pues apenas los hijos del cielo, los poderosos y divinos extraños que recibiera con tan grande reverencia, han visto el oro, ya desaparece de ellos el último vestigio de dignidad. Como perros desatados, se echan unos sobre otros, desenvainan sus espadas, cierran sus puños, gritan, se maldicen y cada uno quiere atrapar su parte de oro. El cacique mira este tumulto con sorpresa y desprecio: es la suya la sorpresa de todos los hijos de la naturaleza, en todos los confines del mundo, frente a los hombres cultos que aprecian en más un puñado del amarillo metal que todas las conquistas técnicas y espirituales de su cultura.

Finalmente, el cacique les dirige la palabra, y con ávido estremecimiento se enteran los españoles de lo que les traduce el intérprete. Cuán extraño es, les dice Comagre, que os disgustéis y peleéis por tal futesa, que expongáis vuestras vidas a las mayores incomodidades y peligros nada más que por tan ordinario metal. Allá, allende estas montañas elevadas, se tiende un mar enorme, y todos los ríos que afluyen a él, arrastran oro consigo. Vive allá un pueblo que se traslada en bárco de velas y remos como los vuestros, y

sus reyes comen y beben en recipientes dorados. Allá podréis encontrar tanta cantidad de ese metal amarillo como deseéis. Es un camino peligroso, pues estoy seguro que los caciques os impedirán el paso. Pero se trata de un camino que puede cubrirse en unos pocos días.

Vasco Núñez de Balboa se siente hondamente conmovido. Por fin ha encontrado la huella del legendario país del oro, con el que sueña desde hace años y años. Sus predecesores lo han buscado por doquier, al Sur y al Norte, y ahora está a unos pocos días de viaje, si es cierto lo que acaba de contar este cacique. Al mismo tiempo tiene la seguridad también de la existencia de aquel otro océano que en vano trataron de alcanzar Colón, Cabot, Costeal y todos los demás navegantes grandes y famosos: y con ello, finalmente, queda descubierta también la ruta alrededor de la tierra. El primero que descubra ese océano nuevo y de él se poseione a favor de su patria, sabe que su nombre ya no perecerá nunca más en este mundo. Y Balboa reconoce la acción que ha de realizar para liberarse de toda culpa y para alcanzar la gloria imperecedera. Tiene que ser el primero en cruzar el istmo hasta el mar del Sur que conduce a la India, y tiene que conquistar el nuevo Ofir para la corona de España. Esta hora en la casa del cacique Comagre decide su sino. A partir de tal momento, la vida de dicho aventurero tiene un sentido elevado, eterno.

Fuga a la inmortalidad

No puede existir dicha más grande en el destino de un hombre que descubrir su misión vital en la mitad de la vida, en los años productivos de la virilidad. Núñez de Balboa sabe que están en juego la misera muerte en el cadalso o la inmortalidad. Primero debe conquistar la paz con la Corona, legitimar y legalizar a posteriori su maldad, la usurpación del poder. Por eso, el rebelde de ayer, convertido en súbdito sumiso, envía al real gobernador de la Española, Pasamonte, no solamente la quinta parte del áureo obsequio de Comagre que determina la ley, sino que, más ducado en las prácticas del mundo que el seco legalista Enciso, agrega al envío oficial un abundante regalo particular para el tesorero, solicitándole que le confirme en su cargo de Capitán General de la colonia. Es verdad que Pasamonte no tiene los poderes correspondientes, pero a cambio del envío de oro, remite a Núñez de Balboa un documento provisional y que, en verdad, no tiene valor alguno. Al mismo tiempo Balboa, preocupado por asegurar su posición, envía a dos de sus hombres de mayor confianza a España para que hablen en la Corte de sus sacrificios por la Corona, llevando al mismo tiempo el importante mensaje que acaba de obtener de labios del cacique. Vasco Núñez de Balboa hace avisar a las autoridades de Sevilla que sólo necesita un contingente de mil hombres, con el que se obliga a hacer, en bien de Castilla, más que cualquier otro español antes de él. Se compromete a descubrir el mar nuevo y a conquistar la tierra de oro

finalmente descubierta, la tierra que Colón había prometido en vano y que él, Balboa, iba a conquistar.

Todo parece favorecer ahora al hombre perdido, al rebelde desesperado. Pero la siguiente embarcación que llega de España es portadora de malas nuevas. Uno de sus compinches de rebelión que enviara para desvirtuar las acusaciones de Enciso ante la Corte, informa que su asunto ha tomado un cariz peligroso. El bachiller defraudado ha encontrado eco ante la justicia española, que condena a Balboa por haberle quitado sus bienes y usurpado el poder, obligándole a pagarle la correspondiente indemnización. No había llegado todavía su mensaje que informaba sobre la proximidad del mar del Sur y que hubiera podido salvarlo. De todos modos, llegaría con el siguiente barco un funcionario judicial para pedir cuentas a Balboa por su rebelión, para condenarlo o llevarlo encadenado a España.

Vasco Núñez de Balboa comprende que es hombre perdido. Su condena ha sido pronunciada antes que España se enterase de sus novedades respecto al nuevo mar y a la costa dorada. Desde luego, serán utilizadas mientras su cabeza rueda por la arena, y será otro cualquiera quien realizará la acción con que él soñara. El mismo ya nada tiene que esperar de España. Es sabido que él empujó a la muerte al legítimo gobernador del rey y que él echó con su propia mano al alcalde. Tendrá, pues, que considerar como benigno un juicio que sólo le imponga la pena de reclusión y no lo condene a pagar su osadía en el ca-

dalso. No puede contar con poderosos amigos, ya que él mismo no tiene poder, y su mejor abogado, el oro, tiene una voz demasiado débil todavía para asegurarle el perdón. Hay una sola salvación del castigo por su audacia: una audacia mayor todavía. Si descubre el otro océano y el nuevo Ofir antes de que llegue el delegado judicial y le prendan y encadenen sus alguaciles, aun puede salvarse. En este fin del mundo habitado le queda una sola forma de fuga: la fuga a la acción grandiosa, la fuga a la inmortalidad.

Núñez de Balboa resuelve entonces no esperar los mil hombres que solicitara a España para descubrir el océano desconocido, ni la llegada de la autoridad judicial. Prefiere acometer su enorme empresa acompañado por unos pocos hombres decididos como él. Prefiere morir gloriosamente durante una de las aventuras más atrevidas de todos los tiempos que cubierto de vergüenza y siendo arrastrado al cadalso con las manos atadas. Núñez de Balboa llama la colonia a reunión, explica, sin callarse las dificultades, su propósito de cruzar el estrecho, y pregunta quién quiere seguirlo. Su valor anima a los demás. Ciento noventa soldados, casi toda la guarnición de la colonia, se declaran dispuestos a acompañarle. No es menester procurar muchos armamentos, ya que esa gente vive de todos modos en una guerra constante. El 1° de septiembre de 1513, Núñez de Balboa, héroe y bandido, aventurero y rebelde, inicia su marcha hacia la inmortalidad para escapar a la horca o a la cárcel.

Momento imperecedero

La marcha a través del istmo de Panamá comienza en la provincia de Coiba, el reducido territorio del cacique Careta, cuya hija es la compañera de vida de Balboa. Este, según más tarde se sabrá, no ha elegido la parte más estrecha, y esta ignorancia prolongó la peligrosa excursión por unos días. Para él se trataba, en primer término, de procurarse, en tan audaz avance hacia lo ignoto, una seguridad para la retaguardia o un eventual regreso, garantizada por una tribu india amiga. La expedición se traslada en diez canoas de Darién a Coiba; ciento noventa sabuesos armados con lanzas, espadas, arcabuces y ballestas. El cacique aliado los hace acompañar por sus indios, que desempeñan el papel de animales de carga y baquianos. El 6 de septiembre comienza aquella gloriosa marcha a través del istmo que pone a prueba la fuerza de voluntad aun de los aventureros más atrevidos y probados. Los españoles tienen que atravesar las hondonadas bajo el fuego aplastante del ecuador y vencer el halo cenagoso y preñado de la fiebre que siglos después, en oportunidad de la construcción del Canal de Panamá, habrá de costar la vida a miles de hombres. Desde la primera hora, hay que abrir camino en la jungla venenosa y virgen, con el hacha y la espada. Las primeras tropas abren a las siguientes un estrecho paso por la espesa selva, como por una mina verde de inmensas dimensiones, y luego la atraviesa en infinita fila india, hombre tras hombre, el ejército de los conquistadores, siempre con el arma en la mano y alerta,

día y noche, para rechazar un posible ataque sorpresivo de los indígenas. El calor se torna asfixiante en la pesada y húmeda sombra de los árboles gigantescos caldeados por un sol sin piedad. La tropa adelanta milla tras milla, arrastrándose, cubierta de sudor, bajo sus pesadas armaduras y con los labios resecos. Luego se desencadena nrepentinamente aguaceros como huracanes, y los riachuelos más insignificantes se convierten, en un abrir y cerrar de ojos, en poderosos ríos que deben ser atravesados a pie, o en el mejor de los casos, sobre inseguros puentes de corteza de árbol rápidamente improvisados por los indios. Los españoles no disponen de más provisiones que de un puñado de maíz. Miles de millones de insectos martirizan a esos hombres que, cansados, hambrientos y sedientos, van avanzando con los pies heridos y la vestimenta deshecha por las zarzas. Sus ojos están afiebrados, sus mejillas hinchadas por las picaduras de los mosquitos eternamente susurrantes. Ya casi están agotados, después de pasar días sin descanso y noches sin sueño. Al cabo de la primera semana de marcha, una gran parte de los expedicionarios no resiste los esfuerzos, y Núñez de Balboa, sabedor de que los verdaderos peligros están por vencerse todavía, da orden de dejar atrás a los enfermos y a los vencidos por la fatiga. Quiere desafiar la aventura decisiva acompañado únicamente de los hombres más selectos de su tropa.

Por fin, el terreno empieza a ascender. La selva es ahora menos densa, ya que sólo en las hondonadas cenagosas es capaz de desplegar toda su frondosidad

tropical. Pero ahora, cuando la sombra ya no protege a los camiantes, el sol ecuatoriano arde despiadadamente sobre las pesadas armaduras. Los hombres, agobiados, sólo consiguen salvar por breves etapas, muy lentamente, las diferencias de altura de aquellas sierras que cual pétrea espina dorsal dividen el estrecho entre ambos océanos. La mirada se amplía paulatinamente, y de noche se refresca el aire. Después de dieciocho días de esfuerzos heroicos, parecen vencidas las mayores dificultades. Ya se eleva frente a ellos la cresta de la montaña desde cuya cima, al decir del guía indio, han de distinguirse los dos océanos, el Atlántico y el aun desconocido Pacífico. Pero justamente cuando parece vencida del todo la resistencia tenaz y socarrona de la naturaleza, se opone un nuevo enemigo, el cacique de aquella provincia, que con centenares de guerreros trata de cortar el paso a los intrusos. Núñez de Balboa tiene mucha experiencia ya en la lucha contra los indios. Basta disparar una salva de arcabuces, y una vez más prueban el relámpago y el trueno artificiales sus tantas veces confirmada fuerza milagrosa sobre los aborígenes. Estos huyen espantados y dan grandes voces, seguidos por los españoles y sus perros. Pero en vez de alegrarse de su fácil victoria, Balboa la deshonra, como todos los conquistadores españoles, con su crueldad despiadada, pues manda destrozarse, deshacer y despedazar una cantidad de prisioneros, atados e indefensos, por la horda de hambrientos sabuesos. Una mantaza repugnante deshonra la víspera del día inmortal de Núñez de Balboa.

No tiene igual, ni explicación, la mezcla en el carácter y modo de ser de estos conquistadores españoles. Beatos y creyentes como los mejores cristianos, invocan a Dios con todo el fervor de su alma, y al mismo tiempo cometen, en su nombre, las canalladas más inhumanas de la historia. Capaces de realizar las heroidades más gloriosas y magníficas, las más grandes hazañas del renunciamiento y del apasionamiento, se combaten y engañan mutuamente del modo más desvergonzado y, sin embargo, conservan, en medio de su perfidia, un sentimiento notable del honor y un maravilloso sentido, realmente admirable, de la grandeza histórica de su misión. El mismo Núñez de Balboa, que en la víspera entregó a sus perros unos prisioneros inocentes e indefensos y que, acaso, acariciara todavía a los animales cuyos belfos chorrean aún cálida sangre humana, tiene exacta conciencia de la importancia de su acción para la historia de la humanidad, y realiza en el momento decisivo uno de aquellos gestos grandiosos que permanecen inolvidables a través de los tiempos. Sabe que ese 25 de septiembre será un día de significado histórico, y, con el maravilloso sentimiento español, demuestra ese aventurero duro y desconsiderado haber comprendido cabalmente el sentido de su misión imperecedera.

Instantes después de aquella carnicería, uno de los aborígenes le señala una cima cercana y le advierte que desde la misma puede distinguirse el desconocido mar del Sur. Balboa toma inmediatamente sus medidas. Ordena que los heridos y extenuados permanez-

can en la aldea saqueada y que los hombres capaces de seguir la marcha —son en total sesenta y siete de los ciento noventa que en Darién la iniciaron— asciendan a aquella montaña. Cerca de las diez de la mañana se encuentra a poca distancia de la cumbre. Falta escalar nada más que una cima pelada para que la mirada se amplíe hasta lo infinito.

En este instante Balboa ordena a su gente hacer un alto. Desea proseguir solo, pues no quiere competir con nadie la primera visión del océano desconocido. Quiere ser, por la eternidad, el único y primer español, el primer europeo y cristiano que, después de haber atravesado el inmenso océano Atlántico, divise también el otro océano ignorado todavía, el Pacífico. Paso a paso, con el corazón agitado y profundamente convencido de la significación del instante, asciende, con la bandera en la izquierda y la espada en la diestra, solitaria silueta en los impresionantes contornos. Prosigue su camino sin prisa, pues ya está realizada la acción principal. Faltan unos pocos pasos, cada vez menos, y ya alcanza la cima y se le ofrece una panorámica formidable. Detrás de las montañas decrecientes, de las sierras montañosas y verdes, se tiende un inmenso espejo de metálico relumbre, el mar desconocido y nuevo, el que hasta ahora los navegantes sólo soñaron pero nunca nadie vió, el legendario mar vanamente buscado desde hace años y más años por Colón y sus sucesores, el mar cuyas aguas alcanzan las costas de América, La India y la China. Vasco Núñez de Balboa mira y mira, bebiendo con orgullo y avidez la

conciencia de que su ojo es el primero de un europeo en que se refleja el azul infinito de ese océano.

Vasco Núñez de Balboa contempla largo tiempo y extáticamente la lontananza. Luego llama a los camaradas para compartir con ellos su alegría y orgullo. Inquietos, agitados, respirando con dificultad y gritando, suben, trepan, corren a la cima, miran y señalan la lejanía, asombrados y entusiastas. De pronto, el Padre Andrés de Vara, quien acompaña la expedición, entonó el *Te Deum laudamus*, y de inmediato se apagan las voces y los gritos; las voces duras y ásperas de los soldados aventureros y bandidos se unen en un coral piadoso. Los indios los miran mudos cuando, a una señal del sacerdote, derriban un árbol para levantar una cruz, en cuya madera graban las iniciales del rey de España. Y cuando luego levantan esa cruz, es como si sus brazos de madera quisieran abarcar a los dos océanos, al Atlántico y al Pacífico, en sus lejanías invisibles.

Núñez de Balboa se adelanta en medio de ese silencio temeroso, y arenga a sus soldados. Les dice que han hecho bien en agradecer a Dios por haberlos distinguido con este honor y merced, y en rogarle que continúe ayudándoles para conquistar ese mar y todos esos países. Si estaban dispuestos a seguirle fielmente como hasta ahora, regresarían de esta nueva India convertidos en los españoles más ricos. Inclina la bandera solemnemente hacia los cuatro vientos para tomar posesión de todas las lontananzas para España. Luego llama al escribiente Andrés de Valderrabano para

que redacte un acta que registre este momento solemne por los tiempos de los tiempos. Andrés de Valderribano desenrolla un pergamino que, junto con un tintero y una pluma, llevó en un arca cerrada a través de la selva virgen, invita a todos los nobles, los caballeros e hidalgos y hombres de bien “que hayan presenciado el descubrimiento del mar del Sur por el muy grande y muy digno señor y capitán Vasco Núñez de Balboa, gobernador de Su Majestad”, a que confirmen “que fué ese señor Vasco Núñez de Balboa el primero que haya visto ese mar y señaládolo a los infrascriptos”.

Luego, los sesenta y siete hombres descienden de la cima, y desde este 25 de septiembre de 1513 la humanidad tiene conocimiento de ese último océano, desconocido hasta entonces.

Oro y perlas

Ahora se ha logrado la seguridad. Se ha visto el nuevo mar. Se trata de llegar hasta su costa, de sentir sus aguas, de tocarlas, gustarlas y recoger el botín de sus playas. El descenso dura dos días, y Núñez de Balboa divide a su tropa en distintos grupos para establecer el camino más rápido de la montaña al mar. El tercero de estos grupos, capitaneado por Alonso Martín, llega primero a la playa, y aun los más simples de los soldados de esas tropas aventureras están tan embebidos de la soberbia del triunfo y de la sed de inmortalidad, que el simple Alonso Martín ya se hace confirmar por un escribiente que él fué el primero en poner su pie y mojar su mano en esas aguas

innombradas todavía. Sólo después de haber agregado a su pequeño yo una partícula de inmortalidad, informa a Balboa de su llegada al mar y sobre el hecho de haber tocado las aguas con su propia mano. De inmediato, Balboa prepara un nuevo gesto patético. Al día siguiente, el día de San Miguel, se presenta acompañado por sólo veintidós hombres en la playa, para tomar posesión del nuevo océano en una ceremonia solemne, ataviado y armado como el mismo San Miguel.

No penetra de inmediato en el mar, sino que espera, orgulloso, como su dueño y señor, descansando bajo un árbol, que la pleamar le arroje una ola y que las aguas laman sus pies, como un perro obediente. Sólo entonces se levanta, tira el escudo, que brilla al sol como un espejo; toma con una mano la espada y con la otra la bandera de Castilla con la imagen de la Virgen, y se adelanta así hacia las aguas. Y sólo cuando las olas circundan sus caderas y su cuerpo está completamente rodeado por esas aguas inmensas y extrañas, Núñez de Balboa, hasta entonces rebelde y desesperado, pero ahora fidelísimo servidor de su rey y triunfador, agita la bandera hacia todos los vientos y exclama con voz estentórea: "Vivan los insignes y poderosos monarcas Fernando y Juana de Castilla, León y Aragón, en cuyo nombre tomo posesión real y corporal y duradera de todas estas aguas y tierras y costas y puertos e islas, a favor de la corona de Castilla, y juro que si cualquier príncipe u otro capitán, cristiano o pagano, de cualquier religión o clase, quisie-

ra establecer un derecho cualquiera sobre estos países y mares, yo los defendería en el nombre de los reyes de Castilla, sus dueños desde ahora y para siempre jamás, mientras dure el mundo y hasta el día del Juicio Final”.

Todos los españoles repiten este juramento, y sus palabras superan por un instante el hervor ruidoso del mar. Cada uno moja sus labios con el agua del océano, y nuevamente el escribiente Andrés de Valderrabano redacta un documento y confirma la toma de posesión, terminando el acto con estas palabras “Estos veintidós hombres, así como el escribiente Andrés de Valderrabano, fueron los primeros cristianos que pusieron su pie en el mar del Sur, y todos probaron con sus manos sus aguas y mojaron con ellas su boca para comprobar si es agua salada como la del otro océano. Y cuando comprobaron que así era, dieron gracias a Dios”.

La gran hazaña ha quedado cumplida, y ahora se trata de sacar provecho práctico de esa empresa heroica. Los españoles obtienen de algunos indígenas pequeñas cantidades de oro, robándolas a cambio de otros objetos. Pero en medio de su triunfo les espera una nueva sorpresa, pues los indios les traen preciosas perlas que abundan en las cercanas islas y las regalan a manos llenas. Hay entre ellas una, llamada “la peregrina”, a la que cantaron Cervantes y Lope de Vega, porque adornó la corona real de España e Inglaterra como una de las perlas más hermosas. Los españoles llenan todos sus bolsillos con esas preciosi-

dades, que aquí no tienen mucho más valor que las conchas y la arena, y cuando luego se informan ansiosos sobre lo que consideran lo más importante en el mundo, el oro, uno de los caciques señala el Sur, donde la silueta de las montañas se esfuman en el horizonte. Les explica que allá hay un país de tesoros incommensurables, cuyos amos comen en platos de oro y donde grandes animales cuadrúpedos —el cacique se refiere a las llamas— acarrear las cargas más preciosas a la tesorería del rey. Pronuncia también el nombre de ese país que está más al Sur y detrás de aquellas montañas. Su nombre suena como “Birú”, melódica y extrañamente.

Vasco Núñez de Balboa sigue con atención la dirección que señala la mano levantada del cacique. La muelle y seductora palabra Birú ha quedado inscrita de inmediato en su alma. Su corazón golpea inquieto. Por segunda vez en su vida, recibe inesperadamente un gran mensaje y al mismo tiempo una promesa. El primero de esos mensajes, el de Comagre acerca de la proximidad del mar, ya se ha cumplido. Encontró la playa de las perlas y el mar del Sur. Quizás logrará también el descubrimiento y la conquista del imperio de los Incas, del país derado de esta tierra.

Pocas veces los dioses...

Núñez de Balboa sigue mirando hacia la lejanía. La palabra “Birú”, Perú, parece retumbar en su alma como una áurea campana. Pero —doloroso renunciamiento— esta vez no puede requerir informes más pre-

cisos. No es posible conquistar un imperio con dos o tres docenas de hombres rendidos por la fatiga. Es, pues, cuestión de volver primero a Darién para retomar más tarde el ahora ya conocido camino hacia el nuevo Ofir, con nuevas fuerzas. Pero ese regreso no resulta menos dificultoso. Los españoles tienen que abrirse nuevamente camino a través de la selva, y otra vez tienen que resistir los ataques de los aborígenes.

Mas esta vez no es una tropa guerrera, sino un grupito de hombres atacados por la fiebre, que se arrastra con el último resto de sus fuerzas. Balboa mismo está a un paso de la muerte, y los indios tienen que transportarle en unas angarillas cuando al cabo de cuatro meses, el 19 de enero de 1514, llega de regreso a Darién. Pero ha quedado realizada una de las más grandes hazañas de la historia. Balboa ha cumplido su palabra, y cada uno de sus acompañantes, todos los que se atrevieron a adelantarse con él hacia lo ignoto, se ha convertido en un hombre rico. Sus soldados traen de la costa del mar del Sur tesoros como no los obtuvieron Colón ni los demás conquistadores, y todos los colonos reciben su parte. Se pone una quinta parte del botín a disposición de la Corona, y nadie protesta porque Balboa destina, al ejecutar el reparto, quinientos pesos de oro a su perro Leoncico, como si fuera otro de los integrantes de la expedición y en agradecimiento, acaso, de la valentía con que destrozó a los pobres indios indefensos. Después del triunfo no quedó en la colonia ni un solo hombre que disputase a Balboa su autoridad como gobernador. Se festeja al

rebelde y aventurero como a un dios, y orgullosamente puede informar a España que, después de Colón, realizó la mayor hazaña a favor de la corona de Castilla. El sol de su fortuna atravesó, en un ascenso vertiginoso, todas las nubes que hasta entonces flotaban sobre su existencia. Ahora se halla en el cenit.

Pero la dicha de Balboa es de corta duración. Pocos meses después, la población de Darién se agolpa curiosa en la playa. Es un día radiante del mes de junio. En el horizonte brilla una vela, y este solo hecho es ya un milagro en tan apartado rincón del mundo. Pero he aquí que ahora aparecen una segunda, una tercera, una cuarta, una quinta vela, y ahora ya son diez, no, veinte, toda una flota que enfila al puerto. Y pronto todos saben que este milagro es debido a la carta de Núñez de Balboa —no la noticia de su triunfo, que aun no llegó a España, sino su mensaje anterior— en que informó sobre las palabras del cacique que le habló de la proximidad del mar del Sur y de Eldorado, la carta en que pidió un ejército de mil hombres para conquistar aquel país. La corona española no tardó en preparar una expedición, una flota impresionante, para esa conquista. Pero en Barcelona y Sevilla no se pensó ni por un instante confiar una empresa tan importante a un hombre desacreditado y de tan mala fama como el aventurero y rebelde Vasco Núñez de Balboa. La expedición es conducida por su propio gobernador, un hombre rico, noble, distinguido, de sesenta años, don Pedro Arias Dávila, comunmente llamado Pedrarias, quien como gobernador

del rey tiene la misión de imponer el orden en la colonia, hacer justicia y castigar todos los crímenes cometidos hasta entonces, y descubrir ese mar del Sur y aquel país del oro.

Pedrarias se encuentra ahora en una situación molesta. Por una parte, tiene orden de pedir cuentas al rebelde Núñez de Balboa, que había expulsado al anterior gobernador, y en el caso de comprobarse su culpa, debía encadenarle o ajusticiarle. Por otra parte, trae la misión de descubrir el mar del Sur. Pero antes que su bote llegue a tierra se entera de que ese mismo Vasco Núñez de Balboa, a quien debe juzgar, realizó ya la magnífica hazaña por cuenta propia, y que ese rebelde ya celebró el triunfo que le estaba destinado a él mismo, y que ya rindió a la corona española el mayor servicio, desde el descubrimiento de América. Desde luego, no puede llevar a tal hombre, como a un criminal cualquiera, hasta el cadalso, sino que debe saludarle atentamente, felicitarle de todo corazón. Pero a partir de ese instante Balboa es hombre perdido. Pedrarias jamás perdonará a su rival el haber realizado la proeza que él debía llevar a cabo y que le habría asegurado la gloria por los siglos de los siglos. Para no indisponer a los colonos antes de tiempo, tiene que disimular, al principio, su odio. Se aplaza la investigación judicial e incluso se conviene una paz fingida, pues Pedrarias compromete su hija, que ha quedado en España, en matrimonio con Núñez de Balboa. Pero su odio y su envidia frente a Balboa no disminuyen en absoluto, sino que aumentan toda-

vía cuando llega de España, donde se han recibido noticias de la hazaña de Balboa, un decreto por el que se concede al antiguo rebelde el título que usurpara, se le nombra adelantado y se ordena, al mismo tiempo, que Pedrarias le consulte en todas las cuestiones importantes. Ese país es demasiado pequeño para dos gobernadores. Unos de ellos tendrá que desaparecer, que sucumbir. Núñez de Balboa siente la espada sobre su cabeza, ya que el poder militar y la justicia están reunidos en las manos de Pedrarias. Trata, por lo mismo, de huir por segunda vez, esperando poder repetir la fuga a la inmortalidad. Solicita de Pedrarias el permiso de preparar una expedición para explorar la costa del sur y conquistarla en una mayor extensión. El secreto propósito del viejo rebelde consiste en independizarse, en la costa opuesta, de todo control, construir allá una flota propia, convertirse en dueño y señor de la provincia y conquistar, desde ella, el legendario país de Birú, el Ofir del Nuevo Mundo. Pedrarias acepta, socarronamente, y concede el permiso solicitado. Si Balboa perece en el curso de esa empresa, tanto mejor; si triunfa, quedará siempre tiempo para deshacerse de ese hombre excesivamente ambicioso.

Balboa inicia, pues, su segunda fuga a la inmortalidad. Esta nueva empresa es, acaso, más grandiosa todavía que la primera, aunque la historia no le concede la misma gloria, ya que siempre alaba únicamente a los triunfadores. Esta vez Balboa cruza el istmo no sólo con sus tropas, sino también con miles de in-

dígenas que transportan sobre las montañas las maderas, los cables, las áncoras y los malacates para cuatro bergantines. Si dispone de una flota en el Pacífico, puede apoderarse de todas las costas, de las islas de las perlas y del legendario Perú. Pero esta vez el destino le es adverso y el atrevido tropieza con interminables obstáculos. Durante la marcha a través de la selva húmeda, unos gusanos carcomen los tablones, que llegan a su destino putrefactos e inservibles. Balboa no pierde los ánimos y manda derribar, en el golfo de Panamá, otros árboles para cortar nuevos tablones. Su energía realiza verdaderos milagros. Ya todo parece haberse conseguido, ya están terminados los primeros bergantines en aguas del Pacífico, cuando inesperadamente un tornado aumenta gigantescamente el caudal del río en que se hallan los barcos. Las aguas arrastran las embarcaciones, que se estrellan entre las olas furiosas del mar. Hay que iniciar la tarea por tercera vez, y ahora se consigue, por fin, terminar dos bergantines. Ya no necesita sino dos o a lo sumo tres embarcaciones más para iniciar la conquista del país con que sueña día y noche desde que aquel cacique alargara la mano hacia el Sur y Balboa oyera por primera vez el nombre de Birú. Basta hacer venir unos pocos oficiales valientes y solicitar el envío de alguna tropa de reserva, y ¡ya puede fundar su imperio! Algunos meses más y un poco de suerte que hubiese acompañado a la audacia interior, y la historia del mundo no llamaría a Pizarro, sino a Vasco Núñez de Balboa, vencedor de los Incas y conquistador

del Perú.

Pero el destino no se muestra demasiado generoso ni siquiera con sus hijos predilectos. Pocas veces los dioses conceden a los mortales más de una sola proeza inmortal.

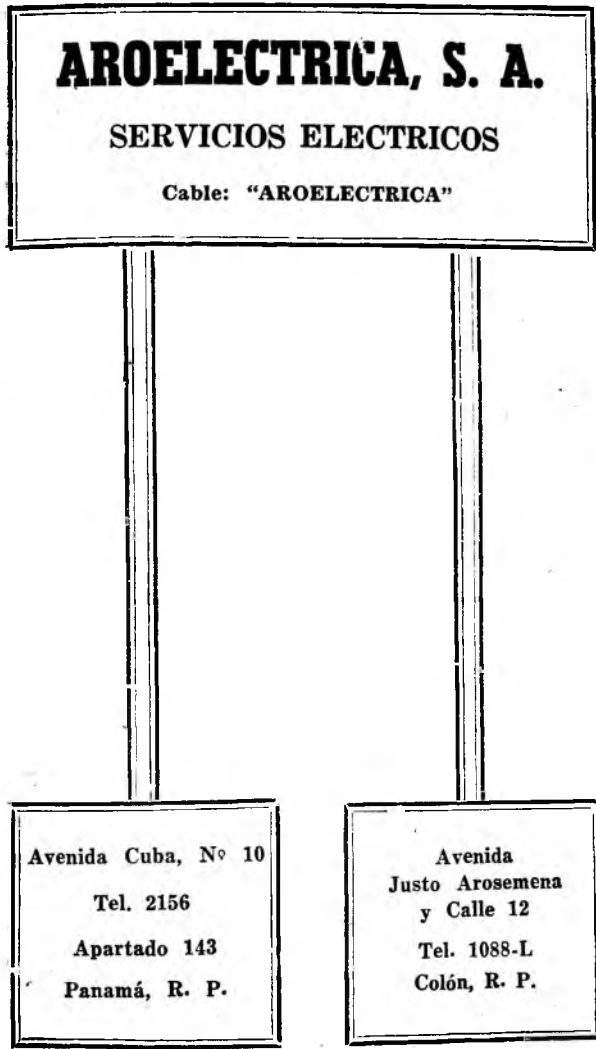
La caída

Núñez de Balboa ha preparado su magna empresa con férrea energía. Pero es precisamente el éxito audaz el que lo pone en peligro, pues, desconfiado e inquieto, observa Pedrarias las actividades y propósitos de su subordinado. Es posible que un traidor le haya informado sobre los sueños ambiciosos de poder de Balboa, pero también es posible que sean los celos y la envidia los que le hagan temer un segundo éxito del viejo rebelde. De todos modos, envía de pronto una carta cordialísima a Balboa, invitándole a que se encuentre con él en Acla, una ciudad de Darién, donde quería conferenciar con él sobre cuestiones sumamente importantes, antes de iniciar definitivamente su expedición de conquista. Balboa espera recibir de Pedrarias nuevos socorros y tropas, acepta la invitación y regresa de inmediato. A las puertas de la ciudad, un pequeño grupo de soldados se adelanta, aparentemente para saludarle. Balboa corre a su encuentro para abrazar a su capitán, un viejo camarada que le acompañó en el descubrimiento del mar del Sur, el amigo de confianza: Francisco Pizarro.

Pero Francisco Pizarro pone pesadamente su mano sobre el hombro de Balboa y le declara preso. Pizarro también ambiciona la inmortalidad, él también

desea conquistar el país del oro y, acaso, no le es muy desagradable tener que eliminar a un superior tan audaz. El gobernador Pedrarias inicia un proceso, acusando a Balboa de rebeldía; se hace justicia tan rápida como injustamente, y ya a los pocos días Balboa marcha hacia el cadalso, acompañado por el más fiel de sus compañeros. Brilla la espada del verdugo y en un segundo se apaga para siempre, en la cabeza que rueda por el suelo, la luz del primer ojo humano que simultáneamente vió los dos océanos que abrazan a nuestra Tierra.





- Tractores
- Arados
- Sembradoras
- Maquinaria Agrícola
- Abonos
- Insecticidas
- Vacunas

TELEFONO
878

DISTRIBUIDOS POR

C. A. CHAPMAN V.

Apartado 217. • Panamá, R. P.

LEA

"Mundo Gráfico"

TODOS LOS SABADOS

Catorce años al servicio de la
comunidad forman su mejor crédito.

MUNDO GRAFICO, S. A.

Apartado 912 • Panamá, R. de P.

UNA GRAN SORPRESA

Para todos los clientes que se suscriban a nuestro gran CLUB DE MERCADERIAS, además de entregarles lo que escojan al momento de inscribirse, les obsequiamos otro número que les permite —enteramente gratis— ganarse UN JUEGO COMPLETO DE RECAMARA —por valor de B/600.00.— —UNA GRAN OPORTUNIDAD A SU ALCANCE, APROVECHELA—

CASA SPORT, S. A.

Muebleria • Ferreteria • Artículos de Casa

Ave. Central Nº 20 • (Antigua Ferreteria Duque

SUSCRIBASE

a la

Biblioteca

SELECTA

PRECIO B/1.50

AL AÑO

envíe su vale postal

al Apartado 3181

MUEBLERIA

TUÑON

Ave. Central y Calle 13

(Edificio San Roque)

Muebles Cómodos y elegantes a precios especiales.

COMPRESUS

MUEBLES

CON TIEMPO

Aproveche nuestros precios especiales.

FARMACIA SELECTA

Magnífico surtido de medicinas de patente

PERFUMES
COSMETICOS
PRECIOS RAZONABLES

Teléfono 66

Calle "T" No. 4

GUAYABERAS

Agetro
EL BUEN VECINO S.A.

LAS MEJORES
DAN ELEGANCIA
SON PANAMEÑAS

LECHE MARCA
"AMEGLIO"
 HELADOS
"SUAVEL"
 Cía. Suavel de Helados y Leche, S. A.
 Calle Juan B. Sosa No. 5
 Tel. 2066
 PANAMA, R. P.

Angelini
 Teléfonos 887—1687 Avenida Central 179
 COMERCIANTES EN LICORES DESDE 1890

D U R A N

**EL SURTIDO MAS COMPLETO Y
VARIADO DE VINOS Y LICORES A
LOS PRECIOS MAS ECONOMICOS.**

**Esq. de Ave. Central Esq. de Ave. Central y
y Calle 16 Este C. 25 Este (Calidonia)**

Teléfono 246 Teléfono 3429-B

SERVICIO A DOMICILIO

**Embarques a cualquier punto de la República.
Aparado 3262 • Panamá Rep. de P.**

C A S A L A G

"El Almacén Atractivo"

Modas • Joyas • Regalos • Novedades

Avenida Central • Teléfono 1173



Carreras de Caballos

GANADOR • ONE TWO

QUINIELAS • DUPLITAS

Gane dinero y goce de un
Soberbio Espectáculo

todos los

SABADOS Y DOMINGOS

en el

Hipódromo de Juan Franco



La Super Cola
Canada Dry

LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

Todos los Hospitales y establecimientos de caridad
de la República se sostienen con el producto de
LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA.

PRUEBE SU SUERTE COMPRANDO TODAS
LAS SEMANAS BILLETES DEL SORTEO
ORDINARIO Y DE LOS "3 GOLPES".



No Compre Chance Clandestino

Protéjase Ud. mismo y ayude a los necesitados
comprando únicamente billetes de la LOTERIA
NACIONAL DE BENEFICENCIA DE PANAMA.

RECUERDE QUE LOS SORTEOS
EXTRAORDINARIOS SON UN EXITO.

BIBLIOTECA SELECTA

CUADERNOS PUBLICADOS EN EL AÑO 1946

- 1—VOCACION FILOSOFICA DEL Dr. JUSTO AROSEMENA, por J. D. Moscote.
- 2—PANAMA, PAIS Y NACION DE TRANSITO, por Octavio Méndez Pereira.
- 3—INTRODUCCION AL CUENTO PANAMEÑO, por Enrique Ruiz Vernacci, y cuentos de Salomón Ponce Aguilera, Darío Herrera y Ricardo Miró
- 4—“TODO UN CONFLICTO DE SANGRE”. “A la Orilla de las Estatuas maduras”, dos cuentos de Rogelio Sinán.
- 5—SIETE CUENTOS MEXICANOS, Selección y Nota Preliminar por Manuel Maples Arce.
- 6—EL CIEGO DEL BULABA Novela corta inédita por Alfredo Cantón.
- 7—LA CERCA DE PIÑUELAS, Novela corta inédita por Julio B. Sosa.
- 8—PANAMA ES UNA TACITA DE ORO, novela corta inédita por Fito Aguilera.
- 9—TRES CUENTOS, por José María Sánchez B.
- 10—LEYENDA E HISTORIA, por Ernesto J. Castillero R.
- 11—VIERNES SANTO BAUTISTA Y OTROS CUENTOS, por Juan O. Díaz Lewis.
- 12—CUENTOS DE NAVIDAD, por José A. Cajal Escala.